

sin prácticas obligatorias, está condenado ciertamente por el Evangelio, cuyo nombre usurpa. El mismo Jesucristo le reprobó, cuando el Divino Maestro pronunciaba estas palabras: “¡Cuán ancho y cómodo es el camino que conduce á la perdición!”

XXIV.

*La piedra de toque.*

Hay un medio muy fácil de descubrir la verdadera Iglesia, entre todas las que pretenden este título.

Nuestro Señor Jesucristo declaró terminantemente, que sus discípulos serían aborrecidos por los malvados, como El mismo lo había sido antes que ellos. “No es superior el discípulo á su Maestro: si el mundo os aborrece, acordaos que primero me aborreció á mí.” Ahora bien, desde los tiempos apostólicos, como lo atestigua la historia, los esfuerzos y los ódios de los impíos, constantemente se han dirigido contra la Iglesia católica. Los judíos, los paganos, los turcos, los malos de todos los siglos y en nuestros días todos los revolucionarios, han escogido y todavía escogen por blanco de sus tiros, á la Iglesia católica y solo á la Iglesia católica. Los facinerosos de la revolución francesa se lanzaron contra ella encarcelando y matando á sus obispos y sacerdotes, mientras que dejaban muy tranquilos á los rabinos judíos y á los ministros protestantes. Leed los escritos incendiarios de nuestros revolucionarios modernos. La Iglesia católica es la UNICA que excita sus furios. Ellos no solamente no se levantan contra el protestantismo, sino que lo proclaman como favorable á sus miras anti-cristianas.

La unión de todos los impíos contra la Iglesia católica solamente bastaría para verificar la profecía de Nuestro Señor; pero las sectas heréticas y especialmente las protestantes, se han encargado de completar esta prueba. Separadas entre sí para todo lo demas, divididas en creencias é intereses, y anatematizándose las unas á las otras, ellas se

ponen en un maravilloso acuerdo, cuando se trata de injuriar y atacar á la antigua Iglesia de San Pedro. En presencia de esta enemiga, sus bocas prorrumpen en blasfemias unísonas, como si fuesen una sola boca.

Herodes y Pilatos eran enemigos mortales entre sí hasta que se unieron contra Nuestro Señor Jesucristo. La herejía y la impiedad, separadas por otros muchos títulos, se unen como Pilatos y Herodes para ultrajar, azotar y destruir á la Santa Iglesia católica. Pero esta Iglesia católica, apostólica y romana, si bien debe sufrir su pasión como la sufrió el Salvador, para completar la de su divina Cabeza, también tiene á su favor las promesas de vida eterna. Siempre odiada, blasfemada siempre, ella siempre vive y vivirá siempre, porque Jesús está con ella hasta el fin del mundo, siendo ella la única á quien se ha dicho: “las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.”

---

SEGUNDA PARTE.

---

I.

*En que sentido puede la Iglesia tener necesidad de reforma.*

Por fuerte y vigorosa que sea tu constitución física ¡oh lector! puede sucederte con frecuencia que experimentes una alteración de salud; la cual, aunque en nada muda aquella constitución, exigen sin embargo que purifiques tu sangre, valiéndote para esto de los medicamentos. Pero para que éstos produzcan buen efecto, es indispensable que sean administrados con pericia y prudencia; dejando á los médicos, que son los establecidos para esto, que hagan lo que les parezca conveniente. Ponerte en manos de char-

latanes ó empíricos, sería arruinar tu salud, para ir á parar en el cementerio. Pues esto mismo es lo que sucede en la Iglesia. Divina como ella es, puede necesitar algunas reformas; porque ejerciendo su misión entre los hombres, sirviéndola hombres de ministros, entre éstos y los fieles pueden haberse deslizado algunos defectos, de los inherentes á la flaqueza humana. En cuanto á la misma Iglesia, Jesucristo la ha prometido estar con ella hasta el fin del mundo, para mantener en ella la fe verdadera y la verdadera moral; y de consiguiente, por aquella promesa y por esta asistencia continua, la Iglesia es en la fe, *infallible* y en la moral, *santa*.

Pero como ya he indicado, la Iglesia se compone de hombres. Hombres son el Papa, los obispos, los sacerdotes y todos los fieles; y como hijos todos de Adán, viviendo todavía sobre la tierra, están individualmente sujetos á las debilidades é imperfecciones humanas. Basta esta observación para comprender en qué sentido la Iglesia ha tenido y tiene siempre necesidad de reformas. En la enseñanza de su fe nada tiene que variar, porque todo en ella es divino é inmutable, ni tampoco tiene nada que rectificar en su moral que es santa, ni en sus sacramentos, por medio de los cuales ella santifica á los hombres. Antes por el contrario, éstos para reformarse, deben avivar en sí la fe de la Iglesia y esforzarse en conformar su vida con la moral católica, valiéndose para esto de los mismos sacramentos. Por aquí se ve cuán absurdo es querer hacer la reforma en la fe, en la moral y en los sacramentos; cuando cabalmente de la santa inmutabilidad de estas cosas, ha de resultar la reforma de las costumbres, si los hombres que se han desviado de aquellas santas reglas, vuelven á conformarse con ellas. En efecto, no hay abuso que no provenga, ó de desviarse de la fe inmutable de la Iglesia, ó de violar su invariable moral, ó de descuidarse del uso de sus Sacramentos; ni hay reforma posible si no se reanima la fe, se practica la moral y se hace uso de los Sacramentos.

En este sentido hace mil ochocientos años, que los Papas y los Concilios han trabajado sin descanso en la refor-

ma de los varios puntos de disciplina; en que por la debilidad humana se hubiesen introducido faltas y abusos. Tal ha sido en particular la obra que se propuso llevar á efecto el célebre Concilio de Trento; el cual *de verdad* ha reformado la Iglesia.

Lutero y sus compañeros, han confundido en esta cuestión el fondo con la forma; esto es, lo divino é inmutable con lo humano y variable. Ellos, pretendiendo reformar el dogma, la regla de fe y la de las costumbres; en vez de hacer una *reforma*, hicieron una *revolución* desastrosa, que todo lo ha deformado y destruido.

Es que Lutero y sus colaboradores no son médicos sino charlatanes. Bajo pretexto de sacar un diente picado, han arrancado la mandíbula; y en lugar de dar un purgante, han administrado veneno.

## II.

*¿Es posible que Dios hubiese elegido á Lutero y Calvino, para reformar la religión?*

Dios es Santo, luego no ha podido elegir á Lutero, ni á Calvino, ni á Zwinglio, ni á Enrique VIII, ni á los otros heresiarcas, para reformar á la Iglesia.

El historiador protestante Cobbet dice: “Nunca vió el mundo en un solo siglo, una colección de miserables tales como Lutero, Zwinglio, Calvino, etc.; los cuales no estaban acordes, mas que en un solo punto de doctrina, á saber, *que las buenas obras son inútiles*. La vida que ellos hacían, probaba que en este principio eran *sinceros*.” (\*)

Lutero, á pesar de su elocuencia popular y del carácter vigoroso de su alma, no es, en resumen, otra cosa que un *mal sacerdote*, es decir, lo más degradado que existe sobre la tierra.

Calvino, eclesiástico también, ha sido convicto de te-

(\*) Historia de la Reforma protestante, cap. VII, número 200.

ner costumbres infames; como que por un delito contra la naturaleza, fué marcado por mano del verdugo. (1)

Zwinglio, que antes de apostatar era cura de Einsieden, en Suiza, confesó en presencia de su obispo, que hacía muchos años se entregaba á pasiones vergonzosas, añadiendo que iba á casarse para legalizar su posición.

Todos los santos de la *Reforma* son de este calibre. Nadie ignora cuál era la pureza *sin mancha y la evangélica dulzura* de Enrique VIII, reformador de la Inglaterra. Este miserable tuvo seis mujeres, haciéndolas cortar la cabeza, á medida que se fastidiaba de ellas. Su hija Isabel, la llamada reina *Virgen*, que consumó la obra de Enrique VIII, no fué menos célebre que él bajo este aspecto. Quizás la misma hacha que cortó el cuello de las concubinas del padre, pudo cortar el de los amantes de la hija.

Calvino, en particular, merece la atención de los franceses, por ser él quien introdujo el protestantismo en su patria. Ninguno ha retratado mejor á aquel heresiarca que su sectario el calvinista Galiffe. Este, en su obra titulada, *Noticias genealógicas*, publicada en la misma ciudad de Ginebra el año de 1836, dice lo siguiente: "Calvino, este hombre criminalmente famoso, que levantó el estandarte de la más feroz intolerancia, de las supersticiones más groseras y de los más impíos dogmas, fué un apóstata espantoso, á cuya inquisición nada podía escaparse. El, en los dos años de 1558 y 1559, hizo ejecutar sentencias criminales en número de cuatrocientas catorce, etc." (2) Además de esto, Galiffe llama á Calvino *bebedor de sangre*; probando cada una de sus aserciones con los escritos mismos del heresiarca, y con los archivos públicos y auténticos de Ginebra.

En cuanto á Lutero, fraile apóstata, que vivía en con-

(1) Este hecho parece ya histórico. Un autor católico echó en cara á los calvinistas esa marca vergonzosa de su patriarca, á lo cual el calvinista Whitacker, tuvo la sacrílega desvergüenza de responder: "Si Calvino estaba marcado, también lo estaba San Pablo." ¡Qué diferencia! Este por Dios: aquel en castigo de un crimen.

(2) Tomo III, página 21 y siguientes.

cuvinato con una monja apóstata como él, los protestantes le han juzgado con una severidad no menos significativa. La vida de Lutero después que apostató, no fué otra que la de un libertino, enteramente ocupado de los placeres de la mesa y de los goces de los brutos; tanto que llegó á formarse un adagio, empleado por los que querían permitirse algún desórden. "Hoy viviremos á lo Lutero," según refiere el escritor protestante Benito Morgasteru. (\*) *Las agudezas de sobre mesa*, obra de Lutero, que se encuentra en algunas librerías de mala reputación, entre los libros obscenos, respira un cinismo tal, que no se puede ni citar sus páginas. Todos conocen aquella innoble deprecación, escrita por Lutero con su propia mano, cuya autenticidad jamás se ha disputado, la cual termina con estas palabras increíbles. "Comer bien y bien beber es el medio de ser feliz."

Y después de esto ¿todavía se querrá hacernos creer que semejantes hombres fueron enviados á los cristianos por Nuestro Divino Salvador, para hacer que su Iglesia volviese á la pureza primitiva? Vamos. Lo mismo sería decir con los turcos; "Dios es Dios y Mahoma su profeta." Aquí debe hablar el buen sentido en voz más alta que la de las imposturas históricas con las cuales se ha querido rehabilitar á aquellos pretendidos reformadores.

La Iglesia tiene por fundadores á Nuestro Señor Jesucristo y por Apóstoles á S. Pedro, S. Pablo, S. Juan, etc.

El protestantismo tiene por fundador á Lutero y por Apóstoles á Calvino, Zwinglio y consortes.

Juzgad y elegid.

### III.

¿Han dado los apóstoles del protestantismo alguna prueba de su pretendida misión?

Hay dos señales infalibles para conocer si un hombre

(\*) *Traité de l'Eglise*, pag. 21 hácia el medio, donde se lee: SI QUANDO VOLUNT INDUGERE GENIO, NON VEREANTUR INTER SE DICERE: HODIE LUTHERANICE VIVEMUS.

que se presenta para reformar la Iglesia, es verdaderamente enviado de Dios. Esas dos señales son la santidad y el don de milagros.

En cuanto á santidad no hay que hablar, tratándose de Lutero y Calvino. Ya acabamos de ver lo que ellos eran bajo este aspecto, tanto, que hasta los mismos protestantes instruidos y honrados, se sonrojan cuando se mueve delante de ellos conversación sobre esta materia.

En cuanto á milagros, bien hubieran querido hacerlos los heresiarcas; pero es más fácil formar una secta, que hacer un milagro. Erasmo, que era satírico mordaz, hacía observar que “todos ellos juntos no habían podido curar ni á un caballo renco.”

Sin embargo, Calvino quiso una vez hacer el ensayo de cierto milagrillo, pero el golpe dió en falso. Había pagado á un hombre para hacerse el muerto, con el objeto de simular que le resucitaba; pero cuando llegó al lugar de la farza, seguido de una multitud curiosa, á la cual había anunciado *modestamente* esta prueba postiza de su misión, la justicia de Dios había herido al compadre; y Calvino estuvo para morirse de miedo, encontrando deveras muerto al que sólo debía ser supuesto difunto. Esta historia es auténtica y sabida de todos.

Lutero salía del paso por otra puerta. Si le pedían probase con alguna obra milagrosa que hablaba en nombre de Dios, respondía con un torrente de injurias, llamando *borrico, turco, perro y puerco endiablado*, al infeliz que le había pedido semejante cosa.

Habiendo pues, faltado los *milagros* así como la *santidad* á los padres de la llamada Reforma, es claro que Dios no los había enviado.

Pero entonces ¿de qué espíritu estaban ellos animados? Del espíritu de orgullo, del espíritu de sensualidad, del espíritu revolucionario, que se rebela contra Cristo y contra la obra de Cristo; en una palabra, el espíritu infernal que engendra todas las herejías es el verdadero padre de la anarquía protestante. *Vos ex patre diabolo estis.* (San Juan VIII, 44.)

IV.

*La Iglesia católica posee la prueba divina por excelencia.*

Esta prueba, que suple por todas, y que á todas las supera, es el MILAGRO. Puede decirse que Nuestro Señor Jesucristo no ha hecho uso mas que de esta prueba, para hacer primeramente que recibiesen sus Apóstoles y sus discípulos, el dogma de que El es Dios; y para convencer en seguida hasta á sus mismos contradictores, de aquella verdad capital. “Si no creéis á mis palabras, les decía, creed por lo menos á mis obras. Los milagros que hago dan testimonio de mí.”

Los enemigos de Jesucristo confesaban la realidad de sus prodigios, temblando de rabia al considerar sus efectos. “Este hombre, decían, hace una multitud de milagros y arrastra en pos de sí al mundo.” El milagro supremo de la Resurrección, comprobado por la vista y el tacto, fué el último que destruyó la incredulidad obstinada de los mismos Apóstoles, después de la Pasión; y en particular la incredulidad de Santo Tomás, no cedió hasta que él pudo poner su dedo en los agujeros de los clavos, y su mano en la llaga del costado de Cristo vencedor.

El milagro, pues, obra sobrehumana y absolutamente divina, es la gran prueba de Jesucristo. Ella es también la gran prueba de su Iglesia.

No solamente se verifican incesantemente milagros en la Iglesia, por la virtud de Jesucristo que vive en sus santos, sino que la misma Iglesia es un milagro vivo, público, permanente y que supera á toda demostración científica; milagro accesible á la inteligencia del pobre y del ignorante, como á la del doctor y del filósofo. Desde los primeros siglos de la fe, ya lo decía San Agustín: “El establecimiento del cristianismo en el mundo sin milagros, sería el mayor y más asombroso de los milagros.”

Los Apóstoles y sus discípulos y sucesores, en los tres ó cuatro primeros siglos, resucitaron á los muertos, curaron á los enfermos, dieron vista á los ciegos, oído á los sordos

y movimiento á los paralíticos. Solamente con la señal de la cruz, ellos hicieron caer los ídolos y hundirse los templos del paganismo. A pesar de trescientos años de carnicería, y á despecho del furor de aquellos hombres á quienes el milagro no pudo subyugar, la Iglesia católica, apostólica, romana, salió de las catacumbas victoriosa de sus enemigos.

Luego ella misma era un milagro, es decir, una obra evidentemente sobre humana y que demostraba la omnipotencia de Dios. De la misma manera, ella se ha conservado á través de los siglos, llevando en su frente la marca divina, dándose á conocer como Cristo se dió á conocer, pues ni aun tenía necesidad de argumentar. Para convencerse de su divinidad, basta verla.

Este hecho divino de la conservación de la Iglesia, y especialmente la del Papado, toma cada día nuevas y mayores proporciones. San Ireneo, ya desde el fin del segundo siglo de nuestra era, invocaba la duración de la Iglesia romana, hasta entónces, á pesar de las contradicciones que había sufrido, como una prueba concluyente de su divino origen. ¿Pues qué diría este Santo Padre, si volviendo al mundo, viese que el milagro se ha perpetuado hasta el siglo XIX?

La Iglesia es un milagro, siempre vivo; y su misma existencia es, de consiguiente, una prueba de su divinidad. Griten y hagan cuantas cortorsiones quieran los pobres pastores heréticos, en vista de este hecho divino. Los escritores quedaron confundidos delante de Jesús, cuando resucitó á Lázaro. Los protestantes quedan espantados como un pigmeo, al ver la talla sobrehumana del Gigante católico.

V.

*Los reformadores juzgados por sí mismos.*

Hay todavía algunos protestantes que permanecen fieles á sus grandes *reformadores*, y que se muestran muy de

licados en todo lo que de cerca ó de lejos les toca. Remedando á los hijos de Noé, ellos echan una capa sobre las vergüenzas de sus padres y gritan indignados cuando cualquiera se permite ver en Lutero y Calvino otra cosa que gentes santas. Ellos acusan diariamente á los escritores católicos de mentira, de invención y de calumnia; de modo que á despecho de la historia, para ellos Lutero y Calvino se quedan tan blancos como corderos.

Para demostrar el valor real de semejantes acusaciones, como también para que el lector se fije definitivamente en lo que se debe pensar sobre aquellos apóstoles de nuevo cuño, voy á copiar sencillamente los juicios que los jefes mismos de la *Reforma* han hecho los unos de los otros. Como ellos se conocían recíprocamente mejor que nadie, vamos á ver aquí retratos al natural.

Comencemos por Lutero, según la regla de que á todo señor, todo honor. He aquí como lo pinta Calvino su digno colega: “Verdaderamente Lutero es muy vicioso. ¡Ojalá cuidara de reprimir su incontinencia! ¡Ojalá se ocupara de conocer más sus vicios!” “Cuando leo un libro de Lutero, dice Zwinglio, me parece ver un cerdo inmundo, gruñendo y marchitando las flores de un hermoso jardín; pues con esa misma impureza, con esa misma indecencia habla Lutero de Dios y de las cosas santas.” (1) A esto le respondió Lutero en el mismo tono: “Zwinglio se figura ser un sol para alumbrar al mundo, pero no arroja más luz que... *stercus in lucerna*.”

Véamos como juzgaban á Calvino sus hermanos en *Reforma*, aquellos mismos que más interés tenían en paliar sus defectos. Wolmar, que fué su primer maestro, dice: “Calvino es violento y perverso. Tanto mejor, pues para hacer nuestro negocio, éste es el hombre que nos convenía.” (2) Bucero, fraile apóstata y sacerdote casado, añade: “Calvino es un verdadero perro con rabia; este hombre es

(1) Obras de Zwinglio, tomo II, pag. 474.

(2) Véase á Freundfeld, — Tratado analítico de historia, tomo II, pag. 369.

malo. Guárdate, lector cristiano, de los libros de Calvino.” (1) Y Teodoro-Beza, que era el discípulo querido de Calvino, ¿cómo trata á su maestro? Oídle: “Calvino no ha podido jamás habituarse ni á la templanza, ni á las costumbres puras, ni á la veracidad; sino que ha permanecido sepultado en el lodo.”

Zwinglio, al decir de su discípulo Bullinger, fué lanzado de la Parroquia por razón de sus desórdenes. Siendo sacerdote y párroco, se casó públicamente como Lutero; y en una de sus cartas él mismo se expresa en estos términos: “Si os dicen que peco por orguyo, por gala é impureza, creedlo sin trabajo, porque no solo estoy sujeto á estos vicios, sino también á otros.” Lutero decía á Zwinglio, que estaba *Satanizado*, *ensatanizado* y *sobrensatanizado*, añadiendo que se debía absolutamente desespearar de la salvación de su alma. [2]

Pues á aquel personaje Teodoro de Beza, cuyo elogio se encuentra con frecuencia en las publicaciones protestantes, ¿cómo le han apreciado los amigos más fervientes de la *Reforma*? El protestante Heshusius exclama: “¿Quién no se asombrará de la increíble desvergüenza de este monstruo, cuya vida sucia é infame es conocida en toda la Francia por sus epigramas más que cínicos? Sin embargo, al oírle hablar, se diría que es un santo, otro Job; ó algún anacoreta del desierto, quizás más grande que San Juan y San Pablo, pues tanto cacarea sobre su destierro, sus trabajos, su pureza y la admirable santidad de su vida.” “Este hombre, dice otro escritor de la misma secta, Schlusemberg, este hombre obscuro, parecido á un demonio encarnado, lleno de artificio y de impiedad, no sabe más que vomitar blasfemias satíricas . . . .

Poco antes de morir, atacado de una apoplejía, Lutero resumía todos estos testimonios escribiendo con su propia mano: “A la verdad, somos unos *bribones*.”

(1) Véase á Freundfeld, — Tratado analítico de historia, tomo II, pag. 369.

(2) Hospinien, Historia de los Sacramentarios, tomo II, pag. 187.

Pero me detengo. Sería necesario escribir libros enteros para repasar todos los reproches y todas las injurias groseras que aquellos pretendidos reformadores se lanzaban á la cara unos á otros; y por otra parte las sitas que tendría yo que hacer serían de tal género, que no se puede poner á la vista de un lector decente.

Que no vengan, pues, los hijos de Lutero á gritar que se calumnia, cuando de tiempo en tiempo alguna voz católica se pronuncia para juzgar y condenar á los autores de la pretendida reforma. La Iglesia que los arrojó de su seno, nunca ha empleado para condenarlos unas fórmulas tan contundentes como aquellas que acabamos de ver, inventadas por los mismos protestantes.

Quisieran éstos que se sepultaran en el olvido ó en la obscuridad esas revelaciones, tan poco honrosas y tan significativas, porque su orgullo de sectarios se resiente: pero pues que ellos nos vienen á atacar con su propaganda herética, necesario es aclararlo todo para que se haga justicia.

## VI

### *Divisiones del protestantismo.*

Hace 1800 años que la Iglesia católica, apostólica, romana, fundada por Nuestro Señor Jesucristo y gobernada en su nombre por San Pedro y sus sucesores los romanos Pontífices, conserva la unidad más intacta, tanto en la enseñanza de la fe como en la práctica de la religión. Desde el principio muchos novadores han procurado introducir sus ideas particulares en el seno de esta grande Iglesia; pero ella ha rechazado sucesivamente esas novedades, de manera que su doctrina ha permanecido siempre viva y siempre pura.

Pero el protestantismo, que no cuenta más que trescientos años de haber nacido, ha marchado por una senda enteramente opuesta. En lo pasado, el protestantismo considera como padres suyos á los gnósticos, á los arrianos,

á los maniqueos, á los nestorianos, á los iconoclastas, á los albigenses, á los husitas y á todos los herejes más escandalosos. Así como un cadáver engendra gusanos, el protestantismo, que es un cadáver de religión, continuando aquellas tradiciones, tan poco gloriosas, no ha dejado de producir hasta nuestros días centenares y millares de sectas que pululan en su seno. Ellas devoran las almas y se devoran á sí mismas recíprocamente. Sería cosa materialmente imposible, contar el número exacto de las sectas protestantes. Además de eso la estadística de ellas, verdadera hoy, dejaría de serlo mañana, porque cada día nacen y mueren las sectas, á la manera de las moscas. Desde el año de 1743, decía el pastor Froereisein lo siguiente: "El protestantismo se parece á uno de esos gusanos cortados en fragmentos, que se agitan mientras les queda alguna fuerza; pero que insensiblemente pierden el movimiento con la vida." (\*)

Por otra parte. ¿Qué cosa es una secta protestante? En virtud del libre examen, cada uno de sus miembros puede considerarse, y aun debe hacerlo, como absolutamente independiente, rompiendo la unidad facticia del grupo á que se le cree que pertenece. Tantas religiones como sectas, tantas sectas como individuos, y en cada individuo tantas creencias como caprichos; he aquí la unidad protestante. "Al día siguiente de haber nacido la *Reforma* decía llorando el pastor protestante Vinet: hubo protestantes mas ya no hubo protestantismo."

Un periódico americano presenta la siguiente lista, que todavía está incompleta, de las sectas que existen sólo en el Estado de Nueva-York. "Anabaptistas, baptistas, nuevos baptistas, baptistas libres, baptistas separados, baptistas rígidos, baptistas liberales, baptistas pacíficos, baptistas niños, baptistas de la gloria, baptistas aleluyas, baptistas cristianos, baptistas del brazo de hierro, baptistas generales, baptistas particulares, baptistas del séptimo día, baptistas escoceses, baptistas de la nueva comunión general, baptistas negros, independientes ó puritanos, cameronia-

(\*) Discurso pronunciado en su instalación como pastor de Strasburgo.

nos, crispitas ó frisados, cambellistas ó reformados, dunkaros, libres pensadores, uldamitas, huntingdonianos, irvingianos, ingkanitas, saltadores, cristianos bíblicos, glasitas ó sandomonianos, antiguos presbiterianos, nuevos presbiterianos, escoceses, congregacionalistas, cuákeros ó amigos, unitarios, socianos, morabos ó hermanos de la unidad, metodistas ó wesleyanos, metodistas primitivos, wesleyanos reformados, calvinistas metodistas franceses, originales conexiónistas, nuevos conexiónistas, swedemborgianos, hermano de plimouth, cristianos rebautizados, mormones, kelistas, muggletonianos, romanianos perfeccionalistas, metodistas rogesianos, buscadores, universalistas, marchadores, rothfieldistas, discípulos-amigos-libres-ó-agapemonistas, luteranos, protestantes franceses, reformados alemanes, protestantes alemanes reformados, católicos alemanes ó discípulos de Rouge, nuevos iluminados, anglicanos ingleses, anglicanos alemanes, anglicanos franceses, etc., etc.,"  
¡Qué fecundidad!

No creo que en Francia sea *tan rica la Reforma*. Ahí solamente hay reformados protestantes de la confesión de Augsburgo, metodistas, anabaptistas, baptistas pietistas, unitarios, latitudinarios, darbistas, irvingistas. Sin embargo, debo declarar que no conozco todas las riquezas de las variedades del protestantismo francés, porque sus pastores afectan ordinariamente una tierna fraternidad; y cuando disputan entre sí, lo hacen á puerta cerrada, procurando ocultar eso que uno de ellos el Sr. Baum, pastor protestante de Alsasia, ha llamado: *Comerse los unos pastores la carne de los otros.* (\*) Además, el protestantismo tiene miedo del buen sentido de los franceses, que sacaría sin dificultad por consecuencia de variaciones y divisiones, lo que Tertuliano decía al heresiarca Marción: *Tú varias, luego yerras.*

¡Cuán grande y magestuosa aparece la Santa Iglesia con su gerarquía, que custodia la unidad católica, al lado

(\*) El principio de legalidad y la conciencia profesional de algunos llamados pastores luteranos, por el Sr. G. Baum, parte I.

de esas discusiones intestinas y de esa subdivisión sin fin que trabaja al protestantismo!

Un autor antiguo dice comparando entre sí el catolicismo y el protestantismo: "El que ha visto un regimiento de soldados, marchando en buen orden, con su capitán bien armado á la cabeza, y éste seguido de mosqueteros, arcabuceros y toda clase de tropa, llevando el paso al compás de los tambores; y ve después un tropel de chiquillos, con espadas de palo y cartucheras de cartón, sirviéndoles de tambor un caldero, y sin que haya jefe que los ordene, porque cada cual quiere mandar á su compañero; el que esto ha visto, ya puede formar idea del catolicismo y del protestantismo. Aquel ejército es imagen de la Iglesia, y esta chusma representa á las sectas bastardas, que han querido remedarla." (1)

### VII.

#### *Qué se debe pensar de la libertad de pensar.*

La libertad de pensar es un contrasentido. Tan poco libres somos para pensar sin regla, como para obrar sin ella. Bajo la pena de incurrir en el desorden, y de merecer la condenación, estamos obligados á pensar conforme á la *verdad* y nada más que la verdad; así como debemos hacer el bien, nada más que el bien. ¿No es esto evidente?

¿Quién es libre para pensar que cinco y cinco no son diez? ¿Quién es libre para pensar que la parte es mayor que el todo, que el vicio es mejor que la virtud, que Carlo Magno no ha existido, etc., etc? ¿Y porqué no se puede pensar esto, sino porque lo contrario es la verdad?

Este principio universal que gobierna á la inteligencia humana, se aplica en primer lugar y con toda su fuerza á las verdades religiosas, porque ellas son las más importantes de todas las verdades. Los misterios de la fe

(1) Florimond de Remón, Historia del nacimiento y de los progresos de la herejía.

cristiana, los dogmas católicos de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Hijo de Dios, del pecado original, de la redención, de la gracia, de la Iglesia, de la eternidad, del fuego del infierno y de la bienaventuranza del cielo, etc., etc.; en una palabra, todos los artículos del Catecismo católico, están *impuestos* á nuestro entendimiento, porque son *verdades*; y como en ningún orden podemos nosotros ser libres para discutir la verdad, una vez conocida, con mayor razón no podemos dejar de admitir las verdades católicas. Estamos seguros de que son verdades, porque Dios las ha revelado, porque Jesucristo ha encomendado la enseñanza de ellas á la Iglesia, y porque en esta enseñanza la ha hecho infalible, prometiéndola su continua asistencia. De consiguiente *esa libertad de pensar* que es el alma del protestantismo y de la moderna filosofía racionalista, no pasa de ser una de esas imposibilidades, que solo pueden ser admitidas por la ligereza y la superficialidad. Para un hombre de entendimiento claro y de un juicio sólido, que no se paga de meras palabras, esa libertad de pensar es en lógica un absurdo y en moral un pecado.

Lo mismo sucede con la libertad de conciencia y la libertad de decirlo todo y hacerlo todo. ¡Libertades! Sí, son libertades, pero que conducen derechamente al infierno, si no se las sujeta á la regla trazada en su divina enseñanza por Cristo y su Iglesia.

La autoridad católica, lejos de destruir el pensamiento humano, le protege y vivifica. Esa autoridad es la de la verdad cuya inmutabilidad no corta el vuelo de la razón, pues no hace otro cosa que evitar sus extravíos. La autoridad de la Iglesia en lo tocante á la religión hace con el entendimiento humano siempre expuesto á descaminarse, ya porque engañe al hombre su imaginación, siempre loca, ya porque le arrastre el corazón subyugado por las pasiones, lo que un ayo hace con los niños, lo que un tutor con los jóvenes, y lo que todo buen gobierno con sus subordinados; esto es, impedirles el mal para el que ni hay ni puede haber libertad. Y entiéndase que al decir religión, se comprende toda clase de doctrinas que directa ó indirecta-



mente se relacionan con ella, ya sean filosóficas, ó científicas, políticas, etc.

En la Iglesia es donde únicamente encuentra el espíritu humano, al abrigo de la autoridad, la verdadera libertad de pensar.

### VIII.

#### *Divisiones religiosas de los católicos.*

En el seno de la unidad católica sucede á veces que se suscitan cuestiones religiosas sobre las cuales se disputa y se escribe, ya en pro, ya en contra. Los impíos, que no comprenden esos debates, sacan de ellos consecuencias contra la religión. Pero, ¿acaso tienen esas cuestiones el alcance que se las quiere dar? ¿Por ventura, se parecen ellas á las divisiones religiosas de los protestantes?

De ninguna manera. Todos los católicos tienen una misma fe, porque profesan un mismo principio de fe, que es la obediencia á la enseñanza de la Iglesia. Sobre el dogma propiamente dicho, todos ellos están absolutamente de acuerdo, mientras que el dogma es precisamente aquello en que los protestantes se dividen. Su pretensión de reunirse en un terreno común, ó como ellos dicen en los *puntos fundamentales*, es entre ellos una ilusión desmentida por los hechos. Las sectas no están de acuerdo sobre nada, fuera de la existencia de Dios. Entre los setecientos ministros protestantes que en Francia predicán la herejía y atacan á la Iglesia católica, había quinientos que no creían en la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, en la Santísima Trinidad, en la regeneración bautismal, etc., según lo hacía constar el protestante Gasparin. Hay muchos que siguiendo al profesor Shœver, teólogo de Ginebra, no creen que la Biblia sea un libro divino. De manera, que cabalmente los *puntos fundamentales*, los solo fundamentales, son aquellos en que los protestantes están separados entre sí, como lo demostraba el gran Bossuet hace ya dos siglos.

Los católicos, por el contrario, no entran ni pueden en-

trar en la discusión; sino sobre puntos de doctrina que la Iglesia no propone obligatoriamente á la creencia de sus hijos, por lo que justamente se les llama *opiniones*. Toda opinión es libre, en lo cual difiere de los dogmas. En cuanto á opiniones, habiendo dejado la Iglesia libertad para adoptar las unas ó las otras, de ahí es que á veces abrazan y defienden pareceres opuestos los simples fieles, los doctores particulares y hasta los obispos. De estas cuestiones doctrinales nacen ordinariamente luces preciosas, enriqueciendo el conjunto de ellas la ciencia teológica, ciencia, que no es el Catecismo de la fe, sino el resultado de los trabajos del talento humano sobre las innobles y magníficas bases puestas por la fe.

Si en su sabiduría, toda divina, la Iglesia juzga oportuno definir como punto de fe algunas de aquellas opiniones, los católicos; cesando de discutir, *creen*. Elevada la opinión á dogma, lo que antes era dudoso, porque aun no había hablado la Iglesia, luego que ella lo define, se hace *cierto*.

Los diversos pareceres de los católicos tienen especialmente por objeto las apreciaciones de conducta. Los unos creen, por ejemplo, que para el bien de la religión conviene atacar á sus enemigos de frente, sin negociar jamás con ellos, repeliendo con energía sus ataques y sus errores, mientras que otros llaman á eso violencia ó imprudencia, entendiendo de otro modo la caridad, pues creen que se puede domesticar á los lobos.

¿Quién no ve que estas divisiones dejan completamente intacta nuestra unidad religiosa? Sin embargo, esto es lo que escandaliza profundamente á los pastores protestantes, *tan amigos* de la verdad, de la unidad y de la caridad como se ha visto. ¡Pobres hombres que ven la paja en el ojo ajeno y olvidan la viga que les atraviesa el propio!

### IX

#### *De como la enseñanza de la Iglesia es la verdadera regla de fe.*

Entiéndese por regla de fe aquella, según la cual los

cristianos admiten tal ó cual doctrina y rechazan tal ó cual otra.

Ahora bien. ¿Cuál es esa regla de fe á la cual debemos conformarnos para fijar nuestras creencias? ¿Cuál es la verdadera regla de fe?

En esto, como en todo, los protestantes están en desacuerdo con la Iglesia católica. Mil y quinientos años después de la predicación de los Apóstoles, descubrió Lutero en su cabeza, que todo el mundo se había equivocado hasta entonces, y que la verdadera, la única regla de fe para los cristianos, era la Biblia. Todos los protestantes admiten este principio, que yo examinaré más adelante. Por ahora véamos lo que todos los cristianos han creído desde los tiempos de los Apóstoles, hasta el de Lutero, que es lo que nosotros creemos imitando á nuestros mayores, y que será lo que crearán los venideros hasta el fin de los tiempos.

Nuestro Señor Jesucristo escogió doce hombres entre sus discípulos y los envió al mundo, para enseñar en su nombre la religión cristiana. “Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra, les dijo: id, pues, enseñad á todas las naciones, instruyéndolas para que guarden mis mandamientos. Predicad el Evangelio á toda criatura. El que os oye me oye, y el que os desprecia me desprecia. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo.” (San Mateo, cap. 28, San Lucas, cap. 10; y San Márcos, cap. 16.)

Esta última palabra del Hijo de Dios, prueba claramente que la autoridad espiritual y la misión de los Apóstoles, deben permanecer en la Iglesia, como un ministerio perpetuo, hasta el fin de los siglos. Además es un hecho histórico irrecusable, que desde los Apóstoles hasta el día de hoy, los supremos pastores de la Iglesia católica, cuya sucesión remonta sin interrumpirse hasta San Pedro y sus colegas en el Apotolado, han ejercido y ejercen aun ese ministerio.

Pero ¿cuál es ese ministerio? ¿Cuál es esa autoridad que viene del mismo Jesucristo por la que hombres que como tales hombres son *fallibles*, nos enseñan *infalliblemente*

*é infaliblemente* nos conducen por el camino de la salvación? Esa autoridad es la de la Iglesia, es decir la del Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro, cabeza de la Iglesia; y la autoridad de los Obispos, que son los auxiliares del Papa, en la grande obra de la santificación de las almas.

Esa autoridad divina si bien confiada á hombres, es la verdadera y la única regla de la fe. Así lo han creído los siglos cristianos, así lo han enseñado todos los doctores y Padres de la Iglesia. Lo que debemos creer, es lo que el Papa y los Obispos enseñan; y lo que debemos rechazar, es lo que el Papa y los Obispos condenan y rechazan. Cuando una doctrina es dudosa, debemos dirigirnos al Tribunal del Papa y los Obispos, para saber á que atenernos respecto á ella; pues solamente de ese Tribunal, siempre vivo y siempre asistido por el espíritu de Dios, pueden emanar los juicios exactos sobre las cosas de la religión, y particularmente sobre el verdadero sentido de las santas escrituras.

Tal es la regla de fe para todos los verdaderos cristianos, regla de institución divina que ninguno puede rechazar á sabiendas, bajo la pena de perder su alma. Quien os *desprecia* me *desprecia*. Esto dijo Nuestro Señor Jesucristo, estableciendo aquel principio inmutable de unidad y de vida en su Iglesia. Gracias á ese principio, hace diez y ocho siglos que los católicos han tenido y tienen una misma creencia. Los protestantes, al contrario, privados de esa regla divina, “fluctúan, como dice San Pablo, á todo viento de doctrina;” y á pesar de la Biblia que manosean con frecuencia, ellos creen hoy lo que negaban ayer, negarán mañana lo que creen hoy, y acaban por no creer nada absolutamente.

Examinemos ahora con pocas palabras la pretensión protestante de sustituir á la autoridad, invariable y siempre viva de la Iglesia, un libro, divino sin duda, pero mudo é inanimado, como lo son todos los libros; libro que cada uno interpreta á su manera, sin que él pueda decir á nadie porque no habla: “Detente que te engañas.”